

# Ocios, ¿para qué?

Jacques Mousseau

*Es preciso preparar los esponsales del ocio y de la Historia.*

JOFFRE DUMAZEDIER

Somos conscientes de la necesidad de extender nuestros estudios y nuestras encuestas a los movimientos de la sociedad humana, a través de los cuales se dibujan las estructuras de un nuevo Renacimiento. Con ayuda de sociólogos, educadores, urbanistas y biólogos, preparamos diversos trabajos, lo esencial de los cuales pondremos en vuestro conocimiento. El problema de los ocios será el gran problema de la nueva civilización en los treinta años futuros. Desde el plano francés, examinamos con los animadores de los grandes movimientos de cultura popular (el término se halla por lo demás superado), desde los editores de libros de venta directa a las Juventudes Musicales, de las asociaciones culturales al Club Mediterráneo, el nacimiento de una especie de ministerio paralelo de la cultura humana, nacimiento que se siente próximo. Y así publicamos aquí, para marcar fecha, el artículo de Jacques Mousseau, que reúne algunos de nuestros elementos de reflexión.

*Hay que seguir su pendiente...*  
(Los esquiadores, foto reproducida de *Harmonies Universelles*.)

H, My-JN 69

## Más tiempo, más cultura: Más ser

Un sociólogo americano pedía recientemente se eligiese entre fusilar a algunos millones de trabajadores o reducir los horarios de trabajo. ¿Acaso la evolución de nuestra época no ofrece otra alternativa? A comienzos del siglo último, la jornada laboral duraba doce o trece horas, y la semana 85 ó 90. La jornada ha descendido a ocho horas en Francia, y la semana a 40. Una encuesta efectuada hace ya diez años sobre el conjunto de la población de la ciudad de Akron (Estados Unidos), reveló que la duración media del trabajo no sobrepasaba las 32 horas por semana. Desde hace cinco años, un convenio colectivo fija en 25 horas el tiempo de permanencia semanal en su puesto de los electricistas de Nueva York. En Francia, las imprentas de los periódicos, que han estado tradicionalmente a la cabeza del progreso social, limitan el servicio a seis horas. Esta reducción progresiva de los horarios, desde hace un siglo, se presenta como el resultado de los combates llevados a cabo por las asociaciones de trabajadores. Precisábase aún que apareciera como posible a quienes las reivindicaban como a quienes la otorgaban. El dinamismo interno de nuestra época hubiese acabado por imponerla, so pena de reducir al paro a una parte creciente de la población. El esfuerzo de los sindicatos ha avanzado cierto número de años la única solución que habría acabado por imponerse. Por lo demás, no franqueamos sino una etapa y sería imposible determinar el mínimo por debajo del cual ya no podría descender la duración del trabajo. La máquina carga con la responsabilidad de esta evolución: ha dado

por vez primera al hombre brazos más poderosos y más hábiles que los que le había dado la naturaleza, y tiende ahora a remplazarlo en múltiples trabajos. Vivimos el siglo de la transición, durante el cual los pensadores se habrán preguntado si los instrumentos perfeccionados contribuyen a liberar o a esclavizar al hombre. Verdad es que los pensadores raramente escardan un campo de zanahorias y no descienden jamás a una mina con un pico en la mano.

La existencia de los ocios desempeña un papel fundamental en el nuevo Renacimiento cuyos factores y direcciones nos esforzamos en vislumbrar. Ejercen una poderosa presión sobre nuestra manera de ser y de pensar. El ocio puede parecer, sin embargo, haber sido el inseparable compañero del trabajo. ¿No ha recompensado en todos los tiempos el deber cumplido la fiesta lugareña donde nacieron los folklores? En realidad, tras una jornada de 12 horas y una semana de 90, el ocio no ofrecía al obrero del siglo pasado más que la posibilidad de extraer de él nuevas fuerzas físicas y morales. La única compensación por el esfuerzo era el pan cotidiano; hoy está constituida preponderantemente por las horas de libertad que preceden al sueño, por los dos días libres que rematan la semana, y por el mes de vacaciones que divide el año. La única ambición era poder proseguir ese esfuerzo hasta el borde de la tumba; la de hoy es llegar a la edad del retiro con facultades intactas para poder disfrutar de él durante quince o veinte años. El tiempo del ocio no se ha prolongado simplemente, sino que ha cambiado de estructura.

### No juzgar inmediatamente

¿Qué va a hacer el hombre con su tiempo libre? Apenas ha dobrado el cabo de la necesidad —en Occidente cuando menos— por primera vez en su historia, cuando se le rehúsa ya el derecho al error, se le disputa el empleo de su libertad, sin que por ello se tome conciencia de la formidable revolución representada por semejante conquista.

Desde el origen, andamos a tientas en nuestro deseo de tomar algunas distancias con nuestra obra. No sólo para gozar de ella, sino para contemplarla y para que, acaso, surja de esa contemplación una nueva vocación. La escapatoria utilizada hasta ahora, por la construcción de las pirámides de Egipto como por el esplendor de la Corte de los reyes de Francia, ha sido la esclavitud del mayor número para la liberación de algunos. La revolución del maquinismo ha parecido al principio idéntica a todas las revoluciones: la sustitución de un orden por otro, de una casta por otra, de un privilegio por otro. Signos, imprecisos aún, indican acaso que será trastocado el destino de la Humanidad entera.

El objetivo de la lucha consistía en tener, porque la posesión garantizaba, en efecto, una mayor seguridad, un descanso más prolongado. Los ocios aumentados anuncian el tiempo en el que la lucha esencial será la lucha por el ser. A este respecto, como en muchos otros, esta época carece de precedente. Las referencias al pasado no sirven de ninguna ayuda ni para juzgar ni para pre-juzgar. La regla debería ser la indulgencia para los primeros pasos del hombre fuera de su condición milenaria. ¿Cómo no habría él de dar un bufido de satisfacción? ¿Cómo no habría de vacilar en el umbral de una nueva Era? Ahora bien, la desconfianza y el pesimismo priman en los censores sobre todas las otras actitudes del espíritu. Un insistente rumor quiere que el hombre moderno haga el peor uso de sus ocios.

En Francia, el reparto actual de las vacaciones durante el año no data de más allá de veinte años. Las vacaciones pagadas han sido instituidas por la ley de 1936, y aún cabe pensar que no han comenzado a adquirir su verdadero desarrollo sino después de 1945. En el curso de esos veinte años, la actitud general, frente a las posibilidades ofrecidas por los prolongados fines de semana y la larga pausa del verano, ha variado a ritmo tal que resulta difícil seguir sus diversas formas y sus móviles profundos. Los sociólogos se agotan en aventuradas tentativas de clasificación.

### **La persecución del tener**

Al acabar la guerra, los franceses fueron presa de una súbita fiebre de viajes que los arrastraba, tanto sobre las huellas de los constructores de catedrales románicas, o de los pintores de las cuevas prehistóricas del Périgord, como a Italia o a España. Hoy, una corriente cada vez más fuerte los impulsa a desear vacaciones sedentarias bajo cielos desconocidos. Esta tendencia, que se expresa en la realidad de múltiples maneras, repercute particularmente en el desarrollo de un organismo tal como el Club Mediterráneo. El apasionamiento manifestado es tan explosivo que ha llamado la atención de los sociólogos. En el curso del verano de 1962, 300 000 personas, tras haberse descargado completamente de la organización material de su libertad, se han trasladado a Israel, a Grecia, a Italia, a España, y hasta a Tahití, no ya para descubrir un país nuevo, sino para descubrir una nueva vida. Los objetivos esenciales de su viaje eran el agua, el sol y la alegría. Los responsables del Club Mediterráneo consideran jubilosamente desplazar en un próximo futuro un millón de personas cada año, entre junio y setiembre. En realidad, no limitan sus proyectos: su meta consiste en llevar al mayor número de personas posible lo más lejos posible. Piensan responder así a una imperiosa aspiración colectiva. Sin duda que esta huida ante un universo cotidiano apremiante no se halla desprovista de ambigüedad. No obstante, en profundidad significa para nosotros lo contrario de una dimisión. Al regreso de unas vacaciones itinerantes, la ambición era declarar soberbiamente: «Este año, he hecho Italia» o «He hecho España». Uno se jacta de la misma manera de haber recorrido los castillos del Loira en dos días o el arte románico del Poitou en cuatro. Esta actitud sacrifica al deseo de tener. El contacto superficial y breve con los monumentos revela gusto por la posesión. Ver es apropiarse; se atesoran los recuerdos visuales. El hombre y la mujer que se funden en el agua transparente de las costas de Córcega o de Cerdeña, se ofrecen a los rayos del sol, sacrifican a aspiraciones del ser. El goce reaviva en ellos ver-

dades primigenias, verdades esenciales. En presencia de uno de los responsables de cualquiera de esos lugares de vacaciones griegos o italianos, se descargan los cuidados de su transporte, de su alojamiento, de su alimentación; adquieren una completa libertad de espíritu. ¿No se ha de estar reconciliado con su condición para volverse a encontrar así, absolutamente desocupado, cara a cara consigo mismo? Es una novedad. Hasta entonces, no considerábamos el viajar sino con el cerrado mundo de nuestras responsabilidades y nuestras costumbres. El pensamiento de los equipajes, del hotel o del restaurante formaban un biombo protector. Los veraneantes más afortunados se cargaban de baúles y maletas y se rodeaban del chófer, de la camarera y de la enfermera. Su preocupación era la de ir a donde nadie iba, y vestirse, distraerse y comportarse como nadie. Acurrucados en un capullo de gusano de seda, sin duda esperaban confusamente escapar a la condición común, es decir, a la condición humana.

### **La persecución al ser**

Las formas modernas de las vacaciones despojan a cada uno de su singularidad. A la entrada de una estación estival, el individuo prescinde de su renombre y de su fortuna. Se establecen nuevas jerarquías, las cuales no toman en cuenta en absoluto los convencionalismos profesionales o sociales. Sus criterios son la alegría, la destreza o, simplemente, la belleza. Poco importa. Lo nuevo es la aceptación del anonimato y de la igualdad para una competición sin cesar renovada. Las personalidades se enfrentan en el campo desnudo de la playa con un mínimo de artificios. Los sacrificios consentidos durante un año entero para esas cuatro semanas de vacaciones, se justifican bajo esa visión psicológica. Se consienten con miras a una gozosa expansión del ser. Los ocios no son ya considerados como períodos de reposo sino como períodos de recreación, en el sentido etimológico noble del término. En una apariencia de indolenzia y de ociosidad, el individuo se recupera y se remodela. Acaso no se trate más que de una época

ca de transición, pero el trabajo es sentido por muchos como una alienación y el ocio como una liberación.

Estimar que este sentimiento nace pura y simplemente de un abandono al placer y a la indolencia, es ser aún víctima de las apariencias. Los habituados a las playas no reparten su tiempo entre el flirteo y el tostado de la piel; el esfuerzo consentido no se detiene al cabo de algunas perezosas brazadas. En un organismo como el Club Mediterráneo, como en los demás del mismo género, los responsables de los lugares, cuya profesión es la de atender a los ocios de los demás —se trata de uno de los numerosos oficios creados por la civilización del siglo XX—, han comprobado con estupefacción la importancia de las audiencias que se apiñan en los conciertos de música clásica registrada en disco. Se han instalado bibliotecas embrionarias. En presencia de una multitud de posibles elecciones, el bibliotecario ha comenzado por llenar sus estanterías con novelas policíacas. Mas, rápidamente, ha debido ampliar el surtido a las obras de arqueología, de historia contemporánea y de autores clásicos. Un paseo por una playa cualquiera permite a un observador imparcial notar la presencia, en toda clase de manos, de numerosos títulos de las colecciones de bolsillo. La mayoría de los libros de estas colecciones son excelente literatura.

### Sí, el nivel de cultura aumenta

En los problemas culturales, por lo demás, es donde se expresa con más intensidad el prejuicio desfavorable con respecto a la generalización y a la multiplicación de los ocios, bien se trate de literatura, de música o de artes plásticas. Un prejuicio pretende que el nivel de cultura media disminuye. Pero la más apresurada encuesta demuestra, sin embargo, exactamente lo contrario. A mediados del siglo pasado, un joven sociólogo, Claude Nizard, estableció el balance de los apasionamientos literarios de sus contemporáneos. El número de obras inteligentes no tenía parangón con el de los libros de ciencias ocultas, de chistes y bufo-

nadas, de parodias de discursos y de almanaques de sueños. El gran éxito popular era, en 1850, la novela de Madame Cottin *Amelia de Mansfield*, exégesis «del amor delirante donde la exaltación de los sentidos se une a la del sentimiento». El cine ha sido acusado de halagar el gusto del público por las ficciones salaces y sentimentales. Este nuevo arte ha sido orientado las más de las veces por una estúpida literatura que le era muy anterior.

En nuestra época, las colecciones que han querido poner los libros y los autores de calidad al alcance de presupuestos modestos, conocen tiradas que parecían inimaginables. Mauriac, Camus, Malraux, Saint-Exupéry, Zola, Tolstoi, Colette, alcanzan tiradas de cien mil ejemplares y más en ediciones de bolsillo. Los clubs del libro, que han imaginado la venta directa de sus producciones, con posibilidad de devolverlos, a un lector eventual, vegetan cuando se lanzan a la obra rara para bibliófilo, y prosperan cuando tratan de llegar a un vasto público. En materia cultural, la iniciativa proviene de arriba y, de manera general, parece que la determina un inconsciente desprecio por la masa popular. ¿Pretende acaso una minoría selecta monopolizar la vida intelectual? De todos modos, mientras que la idea democrática se halla en marcha desde hace dos siglos y se ha impuesto en primer lugar en la vida política y luego en la social, sólo hoy comienza el asalto al bastión intelectual. Nuestra época es la de la democratización de la cultura, de la democratización de los ocios. Ciertos prejuicios y ciertos errores provienen probablemente de una oposición sorda e irracional a ese impulso.

Todavía parece chocante que se hayan de extraer lecciones sobre estos temas en la masa del público. Sin embargo, un sondeo reciente del Centro de Estudios Sociológicos de Francia entre 105 profesores, ha revelado que «la novela psicológica» recoge el 87 % de sus sufragios. Su interés por las obras de historia contemporánea es escaso, y casi nulo por las obras de vulgarización científica y médica. Sin embargo, los anaquelos que las contienen son desvalijados en las librerías, las cuales son visitadas por compradores cuyas profesiones

no son esencialmente intelectuales. Estos lectores van a los libros en los que se inscribe el presente y el futuro de nuestra civilización, cuyo motor número Uno ha pasado a ser la ciencia. En nuestra sociedad, la cultura de los profesores está vuelta hacia el pasado, y la de sus alumnos dirigida hacia el futuro.

El nivel medio del conocimiento se ha elevado considerablemente en relación al siglo último. El del gusto igualmente. Cada uno se ha hecho más exigente para sus placeres, bien sea en materia de cine, de libros, de televisión o de música. A menudo, son los creadores o los organizadores de espectáculos quienes no están a la altura. Creo que es obrar con ligereza condonar a una época refiriéndose a las pasiones de una juventud que mete mucho ruido porque se ha convertido de súbito en una formidable fuerza económica. Observaremos lo que va a ser de esa juventud en los cinco próximos años. Cenaba yo recientemente en casa de una amiga que tiene, desde hace siete años, un almacén de discos próximo al Palais-Royal. Uno de sus clientes compraba, cuando ella comenzó a trabajar, el Johnny Halliday de la época. Luego descubrió a Georges Brassens. Ahora prefiere Bach y Mozart. Es un mozo de una panadería del barrio. No ha escuchado más lección musical que la de su oído y de su corazón. Lo esencial era que Bach y Mozart diesen unos pasos en dirección a su panadería. En cuanto a él, estaba dispuesto a hacer la mitad del trayecto. Esta amiga, de ojo experto y memoria fiel, puede citar decenas de casos de este género: seres a los cuales ella no ha hablado nunca, o casi nunca, pero que ha notado la evolución de sus gustos y el despertar del espíritu y del alma. Esos seres, que son más los productos de sus ocios que de su trabajo, anuncian una forma nueva de la civilización. Resulta difícil predecir con exactitud lo que saldrá de ello. Mas algunos resortes ocultos tras las apariencias nos permiten, parece, reafirmar con respecto a este problema de nuestro tiempo, como con respecto a otros problemas, nuestra confianza en la Humanidad en marcha.

Sin duda la cuestión era hace poco: ¿qué realizará el hombre en su trabajo? Y hoy es: ¿qué

realizará el hombre en sus ocios? Serán, o bien arenas movedizas en las que se hundirá en el exceso de felicidad material, o bien un terreno virgen donde acumulará más conocimientos y más sabiduría. Los crujidos que deja oír el mundo en transformación, parecen siniestros o alegres, según el carácter optimista o pesimista del observador. ¿No hay, sin embargo, señales objetivas? Descubriendo el uso de la libertad, el hombre ha hecho primero el lagarto en la playa, y ha entrado luego en el agua próxima. Se ha sentado primero en las gradas del estadio, y ha descendido después a los céspedes y las pistas de ceniza. Se ha apasionado por los amores de las estrellitas y de las reinas, interesándose luego por las hazañas de Gagarin, de Shepard, de Nikoláiev, por los milagros de la cirugía, por las hipótesis de la ciencia. Hasta la Prensa, tan frecuentemente atacada por los intelectuales, nos parece de calidad muy superior a la que era antes de la última guerra: en su presentación, en la elección de sus temas, en su redacción. En *Esprit du Temps*, Edgard Morin observa que un redactor de *Paris-Match* escribe mejor que Paul Bourget, aunque sin duda no es aún Montherlant. Robert Musil, en *El hombre sin cualidades*, pone en boca de Arneim: «¿No habéis observado que nuestros periodistas se hacen cada vez mejores y nuestros poetas cada vez peores?» La incertidumbre, en efecto, se mantiene al nivel en el cual se mantendrá la masa humana a la que los ocios tienden a congregar y a uniformar. Ciertas modas pasajeras, pero peligrosas, pueden, en efecto, cristalizarse en fenómenos de civilización. Por nuestra parte, hemos querido simplemente hacer sentir —más que demostrar— que no está echada aún la suerte.

JACQUES MOUSSEAU